



## El Candydato<sup>1</sup>

Fiel al precepto agustino de “gana las elecciones y haz lo que quieras”, el candydato sonríe –con un brillo seductor en su mirada, que se complementa perfectamente con la enigmática seguridad que dimana de su sonrisa-, mientras queda atrapado en un tsunami de flashes fotográficos. Él sabe lo que está en juego. El resto del país, también.

En su camino hacia el poder (y cumpliendo, claro está, con su deber cívico y patriótico), va sumando amigos nuevos (sorprendente fenómeno, fruto –seguramente- del altruismo y desinterés de los hombres) y potenciales oponentes (que serán los que engrosen las filas de los “enemigos”). Cuando recorre los barrios y habla con los vecinos, siempre –sin excepción- estira su brazo derecho para saludar como lo hacían los romanos (no los gladiadores, los otros). Así mostraba (y demostraba) que iba en son de paz, a escuchar propuestas y a resolver problemas. Devenido en una especie de Quijote de la política local (cuyo ideal supremo jamás alcanzaría), nunca decía que no a ninguna entrevista.

Su voz y su imagen –claras y distinguibles- llegaban a todos. Si por azar sucedía que alguien ignoraba su existencia, el remedio hallábase en pasacalles y otro tipo de publicidad urbana. Leíase su nombre y apellido en grandes caracteres y su porte físico irradiaba una extraña combinación de aplomo y dinamismo. Como si él fuese El Candydato por sobre todos los demás y sanseacabó. Esta última afirmación no debe interpretarse como la intentona feroz y violenta de asaltar el poder por la fuerza. De profunda raigambre democrática, estaba convencido de la necesidad de contar con el apoyo popular en los comicios. Nada de caer en ilegalidades. No señor.

Las encuestas (esos barómetros de la ideología del pueblo) ya lo daban como seguro ganador. Pero él no quería cometer el clásico error estratégico de adelantarse a los resultados. Ya sabía por experiencia ajena lo que podría suceder: un yerro garrafal que arrojaría por la borda todo el esfuerzo de la campaña. ¿Para qué jugar al oráculo de Delfos y arriesgarse a la sorna pública? Mejor asegurar. Perfil bajo y recuento de votos. *Prudentia*.

Llegó el día de la votación y, tal como anunciaban las encuestas, ganó. Gran alegría y fervor se palpaban en todo el territorio nacional. Finalmente, El Candydato alcanzó la cima.

FIN

---

<sup>1</sup> Para evitar fanáticas y amargas discusiones ideológicas en un terreno tan delicado y volátil como el que demuestra ser el de la política argentina contemporánea, el autor de este artículo creó un personaje genérico que le sirve como protagonista y, por lo mismo, no puede identificarse con políticos reales (aunque ocurra viceversa). Es evidente que este modo de proceder tiene su Pro y su kontra, como todo, pero a él le pareció que lo mejor era sortear este obstáculo.